

## MEDIA VUELTA

M.<sup>a</sup> José OCHOA CEPERO

Estudiante de Grado en Derecho de la UNED  
Primer Premio del IX Concurso Literario

—“Me separo, no aguanto más”—le espetó en cuanto reconoció su voz.

—“¿Qué dices?” — contestó, intentando asimilar la embestida.

—“¡Que sí!, que me separo. Si no lo hago ahora, no lo haré nunca. Tengo la fuerza justa para un único intento” — y buscando la comprensión de su amiga, añadió: “Ya no le quiero. Le tengo cariño y todo eso, pero no me conformo. Quiero vivir, quiero encontrarme a gusto en casa, quiero estar en paz conmigo, quiero amar y ser amada, quiero... Necesito salir de aquí. Siento que me estoy marchitando, que la vida se me va de entre las manos, que estoy malgastando mi tiempo...”

—“No sé qué decirte. Me dejas helada. Me da pena. No sé... Piénsatelo bien, es un buen hombre... ¿Y las niñas?—preguntó por preguntar algo.

—“Las niñas merecen vivir mejor. No hay ni gritos ni peleas en casa, pero la frialdad también mata” — Y tan abruptamente como había llegado, se fue: “Bueno, ya hablaremos. Llego tarde al trabajo. Un beso.”

—“Sí. Un beso”.

Estaba acostumbrada al excéntrico carácter de Carmen, pero esta vez, tuvo que hacer un esfuerzo extra para recordar qué estaba haciendo antes de que sonara el teléfono.

Vio el tomate y el cuchillo.

—“¡Ah, sí!, la ensalada” — se dijo.

Sus manos, expertas cirujanas de cocina, se afanaron en quitar el floreciente hongo que algún golpe había enraizado en el tomate. Su mirada recorría la azulada pelusilla. Parecía suave. Tuvo que hacer varias incisiones para llegar al corazón del moho, extirparlo y limpiar la zona hasta que no quedó rastro de él.

Mientras esto ocurría, su mente había vuelto a la conversación con Carmen.

Volvía a escuchar sus palabras y las que ella misma había pronunciado, y seguía perpleja. No sabía decir si aquello era bueno o malo, juzgar si era lo más conveniente o si Carmen se equivocaba, si era cabal u otra locura más de una adolescencia no vivida. Se sentía en shock. El tiempo se había detenido. Los pensamientos comunes con los que distraía su día se habían ido: no había “qué hago hoy para comer”, “ojalá la chica encuentre trabajo”, “que no se me olvide llamar a la tía para preguntar por su madre”, “a ver cuándo este hombre arregla el zapatero”... Nada, no había nada. Y en aquella solitaria inmensidad emocional comenzó a percibir el eco que le devolvía la

austera voz de su amiga. La voz había chocado contra las pétreas aristas de su alma. Y lo oyó como se escucha el viento polar atravesar la Antártida; y lo sintió como si los minúsculos cristales que del hielo arranca los llevase clavados en la cara. Este eco, gélido y adusto, recorrió todo su ser. Nada quedó a salvo.

Separó cinco hojas de lechuga. Abrió el cauce del grifo y el agua salió con tanta fuerza que apenas las rozó. Las recogió en ramillete, les sacudió las gotas, las troceó, y formó con ellas un lecho en la hondura de un bol metálico bastante rayado por el uso.

Cogió el tomate, lo puso en la cuenca de su mano, y dirigiéndose hacia él le dijo: —“Finalmente, tu jugoso vientre cedió ante el invasor, y comenzó la ocupación”.

Al decirlo sintió perturbación. Ya no era el tomate lo que sostenía en sus manos, sino el universo entero. Y se dijo: “Aunque intentemos arrancar lo que nos pudre, nuestros días están contados. La putrefacción sigue su curso. Sólo queda dignificar lo que queda”— sintiendo el peso del plural de la frase.

Mirando de nuevo a la hortaliza, le dedicó unas palabras a modo de último responso: “Si quieres que dignifique lo que te resta de vida, solo queda trocearte y comerte”.

El tomate no hizo nada. Así que, caprichosamente, fue cortando y colocando —sobre la cama verde— los prismas, los hexágonos, los cuadriláteros y las otras extrañas formas geométricas que el cuchillo iba esculpiendo.

El eco seguía su curso.

—“¿Y yo, estaré también enmohecida?”

Y tras lanzar la arriesgada pregunta, se quedó valientemente ahí, inmóvil, atenta, esperando que apareciesen, en fila de a uno, todos los dolores con los que convivía.

Del fondo acuoso surgió una sombra. Si hubiese podido titularla, la habría llamado: “Ojos grandes, ojos negros, ojos tristes”.

Se recordó siendo niña, y se llenó de pena.

No había hambre ni miseria ni dramas. Había soledad, tanta soledad que, si quería, podía seguir llenando el resto de su vida con ella.

Volvió a recordar lo ajena que se sentía respecto al mundo. La sensación de estar en tierra de nadie, de no pertenecer a nadie, de no ser reclamada por nadie. Perdida en mitad de la frontera, con demasiada pena para sentirse niña, con demasiado miedo para querer crecer.

“Ya, ya basta. No quiero caer ahí” —se dijo con severidad.

Bruscamente abrió una lata de maíz, tiró el jugo por el fregadero y sembró de amarillo el fondo verde y rojo de la ensalada.

Conocía tan bien a sus recuerdos que sabía que no se habían ido, que seguían ahí, detrás de alguna esquina, esperándola para volverla a asustar. Y sintió una necesidad tan grande de huir que salió disparada hacia su adolescencia.

La juventud había estado de su parte. Esta vez, sus ojos eran grandes, negros y bellos. Y nadie dudaba de ello.

La soledad inmensa con la que había crecido le servía ahora para poder elegir qué hacer, dónde ir y con quién estar. Y por primera vez sintió que estaba bien, que todo se encontraba en su sitio, y que ella se hallaba en la cima del mundo. Desde esta cumbre, nada era ajeno, nada daba miedo y todo resultaba posible.

Era tanta el hambre de vida que la vida lo llenó todo.

Su rostro había cambiado, y también su templanza. Mientras elegía el aguacate, se sonreía pensando en lo bien que lo había pasado, y se dejó disfrutar. Iba de un recuerdo a otro, de un viaje a otro, de unos besos a otros..., mientras con mimo desnudaba el aguacate.

Pero el eco seguía su avance.

—“¿Y qué pasó después?” —se preguntó, sabiendo que no era la primera vez que se iba a responder. De vez en cuando, con creciente frecuencia, se hacía esta pregunta como si tuviera la necesidad de asegurarse de que no había otra respuesta. Que era lo que era, que el guion de su vida era ese, que no había engaño aunque ella se sintiese estafada.

Tras la pregunta, apareció él. Era guapo, aunque esto no resultaba importante.

Él empezó a existir para ella cuando conoció su infancia: creció solo, triste, sin entender el mundo, sin ser reclamado por nadie y sin ser amado por nadie. En ese momento decidió quedarse con él para siempre.

Todavía sentía ternura al recordarlo: “Me daba tanta pena, parecía tan perdido, tenía tanta falta de amor, que decidí salvarle” —se decía.

Los recuerdos de la adolescencia se habían retirado dejando sin luz su rostro. Un rostro que de nuevo volvía a cambiar y tomaba un semblante hondo.

—“Y ahora, ¿qué?, ambos estamos perdidos, sin más horizonte que ver cómo pasan las horas del día. Te quise salvar y me consumí contigo” — se escuchó decir. — “No era esto lo que yo quería. No era esto”.

Miró la ensaladera: había lechuga, tomate, maíz y aguacate. Y se conformó.

—“Y ahora un poco de aceite”.

El aceite impregnó la ensalada como la nostalgia la impregnó a ella. Nostalgia de otra edad, de otros tiempos, y una imagen recurrente: la imagen de caminos abiertos, caminos tan comunes que bien pudieran estar en cualquier lugar del mundo. Y ella en ellos, con la melena al viento.

Recuperó las palabras de Carmen: “Ya no le quiero. Le tengo cariño y todo eso, pero no me conformo. Quiero vivir, quiero encontrarme a gusto en casa, quiero estar en paz conmigo, quiero amar y ser amada, quiero... Necesito salir de aquí. Siento que me estoy marchitando, que la vida se me va de entre las manos, que estoy malgastando mi tiempo...”

Pensó en su hija, y esa imagen alivió una parte de su dolor. La otra, tenía tantas ganas de llorar...

Sonó de nuevo el teléfono. Esta vez era él.

—“Te he llamado antes. Estabas comunicando”

—“Sí, hablaba con Carmen. Se va a separar. Está loca”.